



AMOR & DESAMOR EN LA NARRATIVA FEMENINA ESPAÑOLA DE LOS 90



Marina Villalba Álvarez
UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA

Si realizamos un análisis global de las obras narrativas publicadas en la década de los noventa por mujeres novelistas, comprobaremos que el tema del amor & desamor aparece con frecuencia en las historias narradas. El surgimiento del amor, la felicidad inicial, las desavenencias en la pareja, la incompreensión que sufren los personajes, la falta de amor, la frustración y desencanto y la soledad temida tras la ruptura amorosa son algunos aspectos desarrollados en las novelas y relatos de escritoras que editan su primera obra en nuestra década –citamos a Lourdes Fernández-Ventura, Dulce Chacón, Marta Sanz, Cuca Canals, Ángeles Caso, Rosa Regás...– o bien continúan con su trayectoria literaria –Elena Santiago, Ana María Navales, Marina Mayoral, Adelaida García Morales...

El Amor surge como una fuerza poderosa, imparable, capaz de vencer toda clase de obstáculos, aunque sea un amor no correspondido, como el que siente Amelia por Carlos en *Dar la vida y el alma* de Marina Mayoral: «Me gustan las historias de amor eterno y no correspondido».¹ Con estas palabras se inicia la narración de su última novela escrita en castellano, palabras de una escritora que desea indagar en la vida de Amelia, abandonada por su marido en la noche de bodas. A pesar de este abandono, ella continuará unida a Carlos durante toda su vida. La novela de Mayoral es todo un tratado de amor, de amor eterno, que existió, existe y existirá siempre, porque «hay sentimientos que no son de un siglo ni de otro [...] Y que, en cualquier tiempo, se puede escoger no olvidar: ‘no quiero que te vayas, dolor, última forma de amar’».² Amor eterno es también el que siente V., la autora de la carta «Querida amiga»,³ dirigida a la mujer que ha visto en la televisión. V. se sirve del anonimato para rememorar el tiempo pasado, el amor que siempre sintió por su exnovio, un amor eterno, imposible por las

¹ Marina Mayoral, *Dar la vida y el alma*, Madrid: Alfaguara, 1996, pág. 11.

² *Ibid.*, pág. 21.

³ Marina Mayoral, «Querida amiga», *Lucanor*, 11 (Mayo 1994), págs. 10-19 (repr. en *Cuentos de este siglo. Treinta narradoras españolas contemporáneas*, ed. Ángeles Encinar, Barcelona: Lumen, 1995, págs. 155-69. E incluido en el volumen de relatos, escrito en gallego y publicado en 1996, *Querida amiga*).

circunstancias de la vida, un amor que, a pesar del paso del tiempo y de las lágrimas vertidas, la mantuvo viva, pletórica, hasta que él murió. El amor apenas correspondido y por lo tanto no expuesto al desgaste de la vida cotidiana es analizado por Marina Mayoral en este relato editado en castellano en el año 1994 y en gallego en 1996.

Amor eterno que sólo se siente una vez y que perdona a lo largo de toda la vida, un amor turbulento, a veces trágico, como el que viven intensa o fugazmente Consuelo Jordán, Mirta Alba y Carmen Abril, mujeres de tres generaciones cuya historia se dibuja en *Para que nada se pierda*, primera novela de Carmen Amoraga Toledo, que obtuvo el 2º Premio de Novela *Ateneo Joven de Sevilla* 1997.

Amor que perdura en el corazón humano a pesar del paso del tiempo el narrado por Ana María Navales en «El castillo en llamas», tercer relato del volumen *Cuentos de Bloomsbury*, que recrea la relación amorosa entre la escritora de origen aristocrático Vita Sackville-West y Violet Dickinson, Lushka en la ficción: «Es difícil que olvide ni uno solo de los momentos de aquella vida nueva, tú y yo, Lushka, fuera de la cual nada existía. Era el estallido de la libertad, un romanticismo salvaje, una pasión tan fuerte y peligrosa que hacía irreconocible el mundo [...] Han pasado veinte años de ausencia y de silencio y ni un minuto he dejado de llevarte conmigo, ni un instante tu fuego ha dejado de arder, inalterable y perenne, dentro de mí [...]».⁴

El Amor profundo, indestructible aparece también en la última novela de Elena Santiago, *Amor Quieto*. «Estoy en este mundo de quejido y quemazón, porque nadie me ha hablado de otro»,⁵ palabras iniciales, que se repiten insistentemente a lo largo de la narración y que dan cuenta del estado de ánimo de Leónides, quien protagoniza, junto con Avi, una difícil historia amorosa. Dos amantes que luchan para poder disfrutar libremente de su amor, como Berta y Jonás en la primera novela de Cuca Canals *Berta La Larga* (1996), personajes enfrentados a su pesar, consecuencia del odio irracional de los pueblos.

El Amor que modifica incluso la condición del personaje, como en *Nasmiya* (1996), de Adelaida García Morales. Nadra abraza la fe del Islam para seguir a Khaled, con quien contrae matrimonio según el rito musulmán. El amor que siente el personaje femenino provoca la renuncia de su anterior religión y el cambio de identidad: Ana y Lucas se convierten en Nadra y Khaled. Deseo y pasión amorosa que transforma la propia existencia, llegando a destruir al individuo en *Donde nadie nos encuentre*, segunda novela de Lourdes Fernández-Ventura, editada en el año 1997. La obsesión del narrador y protagonista, Lerroux, por una mujer, Gina Picard, le conducirá a un final amargo. El personaje

⁴ Ana María Navales, «El castillo en llamas», *Cuentos de Bloomsbury*, Barcelona: Edhasa, 1991, págs. 36 y 38.

⁵ Elena Santiago, *Amor quieto*, Barcelona: Lumen, 1997, pág. 9.

masculino, enfermo incurable a causa de una enfermedad infecciosa, hospitalizado en varios centros franceses, rememora los años transcurridos en París, etapa de su vida que coincidió con la Belle Époque.

Este Amor que puede derribar, citando a Ángeles Caso, «el muro que se alza entre deseos y realidad»,⁶ con el paso del tiempo se transforma en Desamor: «tan corto es el amor y tan largo el olvido, Aline. Amas, te derrites de amor a su lado, te sobra el mundo lejos de ella y luego, un día, la pasión se esfuma como aire en el aire, la necesidad de su presencia se convierte en tedio y olvidas que amaste una vez, que respiraste por su boca y viste sólo por sus ojos. Así de injusta es la frágil memoria con la que tratamos de construirnos un ser y un estar».⁷ Fragmento del extenso monólogo de Julio Canac, dirigido a su hija Aline, en la última novela de la escritora asturiana *El mundo visto desde el cielo*, narración sobre la pasión creadora y la pasión amorosa que desembocan en la no creación y en la insatisfacción.

La frustración amorosa, la carencia de pasión, el abandono no asumido, el desamor, en definitiva, se instala en la trayectoria vital de los personajes, obligándoles a profundizar en las complicadas relaciones afectivas. Así Fidela en *Mi corazón que baila con espigas*, primera novela de Carmen Rigalt, finalista del Premio Planeta 1997, brillante historia de fuertes sentimientos y deseos no alcanzados. Los diecisiete meses de relación con Leo invitan a la protagonista a pasar revista a su azarosa vida, recreando ciertos momentos de su infancia, el entorno familiar junto a sus padres y su hermana Loreto, su propio universo familiar junto a Ventura y su hijo Marius, el romance con Leo, las cartas de amor que él le enviaba desde otros países, el desamor, sus inquietudes y anhelos... Un repaso a su vida pasada, a su vida cotidiana y un análisis de su propia personalidad. Al final, los diecisiete crisantemos amarillos, enviados a la habitación 106 del Hotel Cambridge, simbolizan la muerte del amor largamente acariciado, de «esa espiral de fantasías que construimos para atrapar estrellas».⁸

Ante el desamor se puede optar por el rencor, por el odio, por cuanto vaya a colaborar en la conjuración del sufrimiento. Abandono no asumido, heridas no cerradas, historia de resentimiento y locura en la primera novela de Marta Sanz, *El frío*, el frío que «no es sólo el momento posterior al abandono [...] (sino también) la voluntad de amar, el rigor de la pasión ciega como forma de pensar la propia vida [...], la decisión de enloquecer».⁹ O bien se puede intentar la superación del desamor mediante el suicidio, la determinación de caminar en soledad o el inicio de una nueva relación amorosa. Tres formas de vencer el desencanto en la trilogía de Dulce Chacón: *Algún amor que no mate*, *Blanca vuela mañana* y

⁶ Ángeles Caso, *El mundo visto desde el cielo*, Barcelona: Planeta, 1997, pág. 70.

⁷ *Ibid* 6, pág. 77.

⁸ Carmen Rigalt, *Mi corazón que baila con espigas*, Barcelona: Planeta, 1997, pág. 127.

⁹ Marta Sanz, *El frío*, Madrid: Debate, 1995, contraportada.

Háblame, musa, de aquel varón. En la primera novela la muerte se convierte en elemento liberalizador, modo de conjurar el dolor. Prudencia rememora, esperando la llegada de la muerte, el inicio de la relación amorosa y los últimos instantes ya de desamor, el final del amor: «Vivió el amor sin enterarse. Sin enterarse fue dejando que pasara sobre ella. Sin enterarse dejó caer la lluvia que la empapó y sin enterarse dejó que se secara lentamente. Sin advertir el proceso de secado. Primero mojada y luego húmeda. Y más tarde, irremediabilmente seca».¹⁰

La huida ante la separación amorosa será el camino elegido por Blanca en la segunda novela de la escritora extremeña, la huida a pesar de la soledad temida y de los afectos que permanecen en el corazón humano, la huida hacia nuevas experiencias, hacia el amor verdadero, un amor «que no destruya al enamorado, sino que le permita crecer, que no le obligue a renunciar a sí mismo. Un amor capaz de pervivir más allá de la muerte».¹¹

También, el inicio de una nueva historia amorosa pondrá fin al desamor. En la novela que cierra la trilogía, *Háblame, musa, de aquel varón*, publicada en el año 1998, Matilde romperá su matrimonio y comenzará una nueva vida con Ulises, tras reconocer los disfraces que sustentaban su relación con Adrián. Tres títulos de una trilogía sobre la frustración amorosa y la soledad en la pareja, tres novelas sobre la complejidad de los sentimientos y formas de superar la ruptura.

El amor y el desamor como temas esenciales en la escritura de algunas narradoras de nuestra década, son analizados conjuntamente en la obra de Rosa Regás, autora hasta la fecha de dos novelas, *Memoria de Almató* (1991) y *Azul* (Premio Nadal 1994), y un libro de relatos, *Pobre corazón* (1996). El enamoramiento, como preludio del amor, es la base de algunos cuentos. Así en «La inspiración y el estilo», Aurelia que nunca mostró interés por el amor, de repente se ve sumida en un estado de ánimo diferente, poniendo en entredicho su afirmación de que «una cosa es la literatura y otra muy distinta la vida».¹² El enamoramiento surge incluso en contra de la voluntad de los seres humanos y la pasión amorosa transforma el ánimo de los amantes, conduciéndoles por caminos insospechados. En *Azul* se recrea la intensa relación entre Andrea y Martín Ures a bordo del Albatros. Y en *Memoria de Almató* el personaje femenino decide romper con una existencia monótona y vivir nuevas experiencias fuera del matrimonio a pesar de la incertidumbre y el temor a lo desconocido.

Frente al sentimiento amoroso, en la obra de Rosa Regás la decadencia del amor conduce a desavenencias en la pareja y al establecimiento de vínculos de dependencia. Ambos extremos están desarrollados, por ejemplo, en «Preludio» y en «La farra». También, plantea la autora la carencia de amor en el matrimo-

¹⁰ Dulce Chacón, *Algún amor que no mate*, Barcelona: Plaza & Janés, 1996, pág. 76.

¹¹ Dulce Chacón, *Blanca vuela mañana*, Barcelona: Plaza-Janés, 1997, contraportada.

¹² Rosa Regás, «La inspiración y el estilo», *Pobre corazón*, Barcelona: Destino, 1996, pág. 185.

nio en «Los funerales de la esperanza»: la relación entre Julita y el legionario está determinada por el miedo y el deseo por parte de la mujer de quedarse viuda.

Sentimiento amoroso profundo que perdura o que se transforma en desencanto, pasión amorosa que no es correspondida o que se difumina con el paso del tiempo son aspectos que interesan a las escritoras de nuestra época, recreando en su obra narrativa el resurgimiento del amor y el declive, el desamor, porque tal vez, como leemos en *Adversarios admirables*, de Olga Guirao «el amor, como la vida, nunca (acabe) bien; su verdadero destino (sea) morir».¹³

¹³ Olga Guirao, *Adversarios admirables*, Barcelona: Anagrama, 1996, pág. 137.